

CLUNY DESDE LA MUERTE DE PEDRO EL VENERABLE HASTA LA DISOLUCIÓN DEFINITIVA DE LA ORDEN¹

Pedro el Venerable murió en 1156. Fue el último de los grandes abades cluniacenses. Los abades posteriores permanecieron en el cargo poco tiempo. Entre 1157 y 1199 se sucedieron ocho abades, todos ellos salidos de la aristocracia. Entre la muerte de Pedro y los años 1170, Cluny vivió un momento de crisis y confusión. La brevedad de esos abadiatos no les permitía llevar a cabo políticas de largo plazo; por otro lado el título de abad de Cluny era para algunos sólo un paso hacia honores más altos. Evolución similar sufrió la orden del Cister. Esto no significa que hayan sido necesariamente malos abades o que no se hayan preocupado por los intereses de la abadía, pero sus abadiatos son difíciles de seguir a causa de la oscuridad de las fuentes.

Las relaciones con los diferentes poderes

Aunque los monjes desean escapar del mundo, no pueden evitar el contacto con la sociedad que evoluciona alrededor de ellos; menos aún los cluniacenses, que tienen desde sus orígenes relaciones estrechas con los poderes eclesiásticos y laicos. A Cluny le cuesta adaptarse a las cambiantes condiciones políticas, económicas y sociales del siglo XII. Ha perdido parte de su dinámica.

Los pontífices romanos no dejan de apoyar a la abadía, pero ya no tie-

* Alfonso Hernández Rodríguez, Doctor en Historia por la UBA y la Sorbona.

¹ Este artículo estaba basado casi íntegramente en el libro de Odon HUREL - Denyse RICHE, *Cluny. De l'abbaye à l'ordre clunisien Xe-XVIIIe siècle*, Armand Colin, 2010. La segunda parte del libro, obra de Odon Hurel, es el más completo –casi diría el único– estudio acerca de Cluny en la Modernidad que exista en la actualidad. Es el libro que debe leer todo aquel que esté interesado en profundizar la cuestión.

nen la misma urgencia por auxiliar a la abadía, cuyos privilegios son discutidos. Por ejemplo, Alejandro III permite que Polirone elija un abad propio y en 1162 libera a Vezelay de la tutela cluniacense. Alejandro III, Urbano III y Clemente III presionan para que se establezca un capítulo para la Iglesia cluniacense, que pasa a tener su propio sello. El objetivo parece ser limitar las prerrogativas de los abades; de esta manera el papado reafirma su tutela sobre el claustro.

La exención era una cuestión particularmente sensible. Calixto II redujo implícitamente los derechos de exención, en 1120; aunque mencionaba la jurisdicción del abad, recordaba también los derechos del obispo. El problema no era tanto la exención en sí misma, sino la extensión automática de esta a todos los monasterios cluniacenses. Algunos obispos comenzaron a tener derecho de visita y corrección en claustros cluniacenses, como Baume. La ambigüedad se mantuvo durante el siglo XII. Había también presión episcopal para cobrar los diezmos de iglesias de sus diócesis, pero adscritas a Cluny, que se manifestaba en algunos lugares en forma de propaganda anti cluniacense y quejas contra el orgullo de sus monjes. Sin embargo, la cuestión es compleja: algunos obispos mantenían excelentes relaciones con los cluniacenses y otros no. A pesar de esta situación tensa, Cluny recibió aún treinta y ocho iglesias donadas por clérigos. Para la economía de Cluny los diezmos parroquiales eran fundamentales.

Cluny se acerca a los reyes de Francia. En 1119 Luis IV Capeto puso bajo su protección a la abadía y sus dependencias, frente a los ataques del conde de Chalon. A pesar de eso la intervención de los reyes en Macon era esporádica. El conde tomó la abadía y el castillo de Lourdon en 1166, matando a buena parte de la milicia del burgo. La protección real se volvió efectiva recién en 1204, cuando el conde fue vencido por Felipe Augusto, rey de Francia.

Pero la necesidad de protección real era signo del debilitamiento de Cluny. Los señores se concentraban más en atacar a los prioratos que a la abadía madre. A partir de la segunda mitad del siglo XII, muchos señores quieren recuperar las donaciones realizadas por sus antepasados, algunas de ellas a causa de sus participaciones en las Cruzadas. Igualmente hay que tener en cuenta que la cuestión varía de lugar en lugar.

Aparece un nuevo jugador en escena: la comunidad misma del burgo de Cluny. A pesar de los intentos cluniacenses de someter a los laicos a un orden social de inspiración monástica que garantice la paz, la sociedad cambiaba. Los habitantes se organizaron en comunidades parroquiales. En teoría ellos formaban parte de la comunidad eclesial cluniacense, pero en 1206 se produjo un alzamiento comunal. No prosperó, pero no dejó de ser un movimiento de oposición que se manifestó en el mismo momento en que el apoyo papal se volvió más condicional y los reyes de Francia consideraron a la *Ecclesia cluniacensis* como parte de su reino.

El siglo XII ofrece numerosos contrastes en la historia cluniacense. Si

a principios del siglo la abadía estaba en su apogeo y Pedro logró mantener su prestigio, a fines de siglo comenzó un repliegue. Los monjes debieron hacer frente a crisis internas, como la de Ponce, y a profundas transformaciones políticas y sociales. Comenzó a verse en el horizonte el repliegue cluniacense sobre el reino de Francia y la pérdida de su dimensión pan-europea.

Ser cluniacense implica una vida de ascesis y la fuga del mundo, pero sin desinteresarse de este. Las oraciones y mortificaciones buscaban atraer la gracia divina sobre la sociedad. En ese sentido los cluniacenses no hacían más que responder a la tradición monástica benedictina; sin embargo la forma de encarnar esas convicciones era más específica: privilegiaban el oficio divino sobre el trabajo manual. Eran grandes señores y tenían una visión aristocrática de la vida religiosa; en esto respondían a la sociedad feudal de la que formaban parte. Pero también debieron adaptarse a los cambios que se produjeron en esta sociedad.

Ser cluniacense no significaba lo mismo en el siglo X que en el XII o XV. Había muchos caminos para llegar a ser cluniacense. Dependía de que el candidato fuera clérigo o laico, monje o no monje, de un monasterio de usos cluniacenses o no. Desde la fundación, una parte importante de los monjes eran niños oblatos salidos de la aristocracia, ofrecidos por sus padres. A partir de Pedro el Venerable se intentó reducir la cantidad de niños oblatos, pero siguió siendo importante. Otra forma de reclutamiento se inició en 931, cuando Cluny recibió el derecho de admitir a todo monje que quisiera participar de la reforma. Este derecho fue extendido a los canónigos por Urbano II, en 1097. Los lazos entre Cluny y la aristocracia eran fundamentales en el reclutamiento, situación más marcada aún entre las hermanas cluniacenses.

Una vez que se era monje cluniacense, se permanecía siempre en ese estado, incluso cuando algún individuo debía abandonar el claustro para ocupar cargos eclesiásticos, como Urbano II, quien aparece en los necrológicos cluniacenses como hermano. O como Mateo de Albano, cardenal, que permaneció fiel a la liturgia cluniacense, al punto que Honorio II le reprochaba ser más monje que lo conveniente.

Es difícil calcular el número de hermanos de la abadía. En 994, en la elección de Odilón, se mencionan 96. Según Ulrico, autor de una de las *consuetudines* cluniacenses, a fines del siglo XI había 200. El *Chronicon* del siglo XV afirma que en 1155 había 460 monjes. En la abadía había personas de diferentes estatus. En la cima se encontraban los monjes de coro (*cantores*) que se consagraban al servicio divino. Estos, ya a partir del período carolingio, tendían a ser sacerdotes. El sacerdocio era indispensable para los cargos superiores de la abadía y los prioratos. La comunidad cluniacense integraba todos los grados de los órdenes eclesiásticos: sacerdotes, diáconos, subdiáconos, órdenes menores y el abad, que equivalía a un obispo.

No todos los integrantes de la comunidad eran monjes profesos.

Existían los conversos, a los que se llamaba muchas veces *illitterati*. Como se trata de simples laicos sin estudios de latín, no podían cumplir con las obligaciones de los monjes de coro; sin embargo eran miembros de la comunidad. Eventualmente un converso podía ascender a monje de coro. Los conversos tenían sus propios edificios y se consagran a tareas materiales, aunque tienen un lugar en la iglesia y en las procesiones. Su reclutamiento se limita a partir del siglo XII.

Cluny articulaba el cenobitismo y el eremitismo, renaciente en los siglos XI-XII. Algunos monjes abandonaban la comunidad para dedicarse a la contemplación en solitario en el oratorio de San Miguel, o en alguna de las seis ermitas cercanas a la abadía. Pedro el Venerable se interesaba particularmente por la vida eremítica. Paradójicamente las ermitas se convierten en puntos de contacto con el exterior. Sin embargo, el ejemplo más duro de aislamiento y vida contemplativa quizás sea el de las monjas cluniacenses, cuyo monasterio emblemático es el de Marcigny.

La cultura escrita en Cluny

Cluny poseía su propio *scriptorium* y biblioteca. La base de esta última fueron los cien volúmenes aportados por Odón. Textos bíblicos, obras de los Padres de la Iglesia (privilegiando a san Agustín y Gregorio el Grande), autores clásicos, obras de derecho canónico, vidas de santos, pero también textos carolingios y contemporáneos, como los de la controversia eucarística entre Berengario de Tours y Lanfranco de Bec. En tiempos de Hugo la biblioteca alcanzó los 570 volúmenes, o sea una de las más grandes bibliotecas monásticas, pero siguió creciendo en los siglos posteriores.

La abadía cumple además dos funciones educativas. Educa a los hijos de la aristocracia destinados a cumplir funciones en el mundo. Con esto cumplen con las prescripciones del concilio de Aquisgrán de 816. A estos estudiantes no se los recibe en la abadía, sino en el burgo. Los oblatos viven en la abadía bajo la tutela de un maestro y son considerados a veces una molestia; sin embargo son indispensables para la liturgia, porque para llegar a formar a un *chantre* hay que hacerlo desde niño. En teoría, a partir del siglo XII sólo debía haber seis oblatos, pero en 1301 el abad Bertrando du Colombier crea en la abadía la escuela de San Nicolás, destinada a recibir doce niños más, destinados a la clausura. Los dos grupos permanecían separados y los seis, al parecer, eran una élite. Aunque no hay una gran “escuela” cluniacense, sin embargo la formación dada en Cluny alcanza para que Pedro el Venerable adquiera su vasta formación.

Con el Renacimiento del siglo XII, las condiciones culturales en Europa cambiaron y las escuelas monásticas se volvieron insuficientes. Se

impuso la universidad, en particular la de París. Los abades Guillermo de Poitouse e Yves de Vergy decidieron fundar un colegio en esa ciudad entre 1260-1262. Esta casa estaba reservada a los monjes destinados a estudiar teología. Se mantuvo la vida monástica, aunque el cumplimiento del oficio divino era más laxo. En principio funcionaba como un priorato, bajo la dirección de un prior. El término de colegio se impuso en el siglo XIV. Disponía de una biblioteca y de un maestro regente. Se trataba de un lugar de estudio y formación que complementaba los estudios realizados en el exterior. Los estudiantes se formaban a través de la *lectio*, la *quaestio* y la *disputatio*, como indicaba el método escolástico. En 1268 se mencionaba a 40 estudiantes, pero lo previsto eran 25. Durante el siglo XIV hubo quejas respecto de la disciplina. Se fundaron otros colegios: en 1378 en Aviñón y en 1496 en Dôle. Además se autorizó a ciertos monjes a estudiar el derecho canónico en Orleans, Toulouse, Montpellier y Aviñón.

Tiempos de crisis (1200-1380)

El siglo XIII fue el momento de transformación de la *Ecclesia cluniacensis* en *Ordo cluniacensis*. La evolución en este período fue distinta, la abadía ya no era el aliado privilegiado del papado y centró su desarrollo en Francia. Cluny es alcanzada por las transformaciones de la sociedad en la que vive. Con crisis interna, problemas financieros y un mundo cambiante (urbanización, catedrales, economía monetaria, universidades, etc.), los cluniacenses aún se hacían escuchar, pero su mensaje se fue volviendo más débil.

El 29 de octubre de 1200 Hugo V de Anjou promulgó los estatutos que convirtieron a Cluny en una orden. Se los puede ubicar en continuidad con los estatutos de Pedro el Venerable, pero también se separaban de ellos. No se trataba de la explicitación de normas nuevas que se imponían por sí mismas, sino de normas que se imponían desde arriba. Se estableció un capítulo general anual y se instituyeron provincias. Se puede decir que Hugo V convirtió a Cluny en una monarquía constitucional.

La piedra fundamental de esta reforma fue el Capítulo General que reunía en Cluny, el domingo después de Pascua, a todos los priores dependientes directamente de la abadía. Los priores de Inglaterra, España y Lombardía fueron autorizados a ir cada dos o tres años. En 1231, a través de la bula *Vehemot*, Gregorio IX impuso la presencia de tres abades cistercienses. Los cluniacenses se sintieron humillados y los reemplazó por priores cartujos. Nicolás IV suprimió esta supervisión externa y nombró al abad de Mozac y al prior de Saint-Leu-d'Esserent para que elaboraran un proyecto de reforma. En todo caso, la autoridad papal se metía cada vez más dentro de los asuntos internos de la orden, a través de la presencia de los definidores. Estos

limitaban la autoridad del abad en el Capítulo General.

En el siglo XIII podemos contar no menos de doce abades. Ninguno fue depuesto, pero cuatro renunciaron al cargo y tres se convirtieron en obispos. Seguían siendo personajes de peso en el orden eclesiástico y extra eclesiástico: a Hugo de Anjou se lo consultó en un caso de herejía. En 1228 Barthélemy de Floranges defendió a los Hermanos Predicadores de Lombardía ante el papa. Hugo de Salles cumplió distintas misiones en la corte del emperador Federico II y se puede agregar un largo etc. En general, se trataba de buenos abades y administradores.

Además de cambios institucionales internos, se produjeron importantes cambios políticos a los que Cluny debió adaptarse. La intervención de los Capetos en Borgoña se debió a un llamado de auxilio de Cluny. En 1258 la abadía fue puesta bajo la custodia de la guardia real por Felipe Augusto. Eso fue confirmado en 1284 por Felipe III. Aunque se presentaba como una acción favorable a la abadía, en verdad beneficiaba a la imposición de la justicia real en Borgoña. Esto habrá de producir conflictos con los representantes del rey.

Cluny dejó de ser el interlocutor privilegiado de Roma. Se convirtió en una orden y por lo tanto los abades electos debían realizar el viaje *ad limina*. Esto significaba que los papas sostenían el poder del abad, en tanto y en cuanto les permitiera reforzar su propia tutela sobre la orden. A pesar de esto, en general reconocían los privilegios cluniacenses y, salvo algún caso excepcional, no apoyaron las veleidades de independencia de algunas casas dependientes, aunque igualmente hubo prioratos que escaparon a la obediencia a Cluny.

Frente a un apoyo menor del papado, los obispos intentaron imponer su tutela a distintos prioratos. Cluny debía enfrentarse a otras observancias o a las nuevas órdenes, que comenzaron a ocupar el lugar religioso que antes pertenecía casi exclusivamente al monacato benedictino.

El periodo 1200-1380 presentó problemas cada vez mayores respecto del cumplimiento de la regla, como de orden financiero. Lo primero se puede ver en los estatutos promulgados por Hugo de Anjou o Yves de Chasant: llamados a la humildad, a la caridad, a la hospitalidad y al cuidado de los enfermos. Los problemas financieros variaban de un monasterio a otro. Algunas obras de construcción en la Iglesia abacial se terminaron a principios del siglo XIII, pero la población de la abadía bajó hasta cerca de 200 monjes. A pesar de eso, seguía siendo un gran monasterio.

A principios del siglo XIII la principal preocupación no era disciplinaria, sino financiera. A pesar de las mejoras de Pedro el Venerable y la buena reputación como administradores de casi todos los abades de la época, la abadía estaba cada vez más endeudada. Algunas deudas se explicaban como inversiones, pero el problema seguía siendo que los gastos crecían más rápido que los ingresos. Las donaciones en metálico, como las 300 piezas de oro enviadas por el rey de Castilla en 1213 o los 20 marcos de plata del rey de

León, eran cada vez más raras. Muchos censos dejaron de ser pagados a la abadía; algunos prioratos incumplían sus pagos; aumentaron las usurpaciones, los procesos y gastos de justicia. Cluny debía litigar con un procurador en la corte del rey de Francia y otro en Roma. Los papas no ayudaban, alienaban bienes a favor de clérigos o laicos, o exigían aportes durante determinado periodo de tiempo, a veces con la excusa de la cruzada, pero casi siempre con el objetivo de usarlos a favor de la política papal. Los cistercienses, templarios y otras órdenes militares consiguieron dispensas, Cluny no. Fue necesario que presionara sobre los recursos de los prioratos o se endeudara más.

Se endeudaba con prestamistas locales, mercaderes del burgo, que aprovechaban para sacar concesiones o bienes a la abadía. Pero cuando necesitaba sumas más grandes, era necesario recurrir a los banqueros italianos.

Muchos prioratos entraron en crisis, sus edificios se degradaron. Las nuevas fundaciones son excepcionales. Muchas veces se suspendió el reclutamiento de nuevos religiosos, como forma de bajar los gastos, pero era una mala señal para el futuro. Las variaciones regionales hacían muy difícil realizar una descripción del estado general de la orden durante el siglo XIII. Algunos prioratos sufrieron grandes crisis, aún cuando otros pasaron un buen momento espiritual y material. Pero en términos generales se puede decir que a partir de mediados del XIII había una tendencia declinante en ambos aspectos. Hacia fines de siglo se inició una crisis profunda. Pero debemos tener en cuenta que la crisis del siglo XIV no es sólo de Cluny, sino también de toda Europa occidental.

Contando novicios, monjes estudiando afuera y monjes detenidos, aún había 260 religiosos antes de la gran mortandad de la Peste Negra. Es difícil saber el impacto de ésta en la comunidad. No hubo incumplimientos de la regla, pero faltaban objetos litúrgicos, albas, capas y el camerario tenía problemas para asegurar la iluminación. La situación financiera se degradó aún más. La orden no era pobre, pero pesaban sobre ella obligaciones insoportables, muchas de ellas causadas por Roma o por la fiscalidad real (reformas monetarias). La visita de Bonifacio VIII y Clemente V a la abadía implicaron un gasto inmenso. Cluny se endeudó cada vez más y pasó el peso de su crisis a los prioratos. La generosidad de los laicos cayó. Los litigios se multiplicaron. Las nuevas órdenes compiten. En general se trataba de tendencias que ya se habían manifestado durante en el siglo XIII, pero que se acentuaron en el XIV.

La otra característica que se manifestó de manera clara es la centralización de la orden en Francia. Lentamente las ramas española e italiana de la orden se fueron alejando. La guerra de los cien años (1337-1453) causó la pérdida de los monasterios de Inglaterra, pero también afectó a los monasterios de Francia, donde se combatía, y los claustros eran saqueados o expoliados por bandas armadas de ambos bandos. Algunas comunidades debían abandonar sus monasterios. Otros cayeron en manos de bandas de mercena-

rios. Peste, guerra y crisis económica. Desorden de la vida regular, monjes vagando en los caminos.

Las fiscalidades papal y real se hacían cada vez más fuertes. La presión papal aumentó aún más con el traslado del papado a Aviñón (1378-1417). Cluny debía presionar aún más a sus prioratos. Todo el mundo se quejaba, a veces los abades conseguían una reducción en la corte papal, pero no siempre. Los doce abades del siglo XIV intentaron reaccionar a la crisis, pero no lograron detenerla. La orden entró en descomposición.

Durante ese siglo se terminó definitivamente la independencia cluniacense. Los territorios controlados por la orden quedaron bajo la protección del rey de Francia y por lo tanto sometidos a su autoridad. La relación entre abades y reyes varió de acuerdo a la personalidad de cada uno. La alianza entre los habitantes del burgo con el rey terminó con la sumisión de éste también a la autoridad real y la imposición de la justicia real sobre la abacial. En términos generales, la relación entre la orden y los reyes dejó de ser central. Cluny se estaba convirtiendo en una orden francesa de segundo nivel.

Para el papado Cluny no era más que una fuente de ingresos y un instrumento más en su estructura de gobierno eclesiástico. Aunque no se derogaba la exención de Cluny, sin embargo se la menciona cada vez menos y en general se puede decir que ya carecía de sentido, era un derecho de otras épocas. A pesar de esto hubo un intento por realizar una reforma general de la vida monástica llevada a cabo por Benito XII, cuyo documento principal es la constitución *Summa Magistri*, pero sus alcances fueron limitados. A pesar de que algunos papas reconocían los problemas financieros de la orden, no dejaban de presionar sobre sus recursos.

Las transformaciones y dificultades de los siglos XIII y XIV generaron discusiones internas en la orden, acerca del gobierno abacial o colegiado y el sentido de la pobreza (reflejo de la aparición de los mendicantes). En todo caso la Orden Cluniacense dejaba de ser un interlocutor privilegiado en el mundo exterior y una parte importante de sus crisis fue responsabilidad del papado.

De la crisis a la catástrofe (1380-1480)

Desde 1383 hasta 1480 cinco abades se sucedieron al frente de la orden. Seguía siendo un cargo deseado y buscado por la aristocracia. Aunque el abad era elegido en general dentro del medio cluniacense, la elección recaía en la autoridad pontificia. Los desórdenes producidos a causa del cisma de occidente permitieron a la orden elegir a su propio abad en 1416: Robert de Chaudesol. Estos abades fueron más que nada gestores, lo que no implicaba que se desentendieran de las cuestiones espirituales, pero ante todo debían dedicarse a cuidar los ingresos de la abadía. De una u otra forma todos inten-

taron restablecer el orden.

En 1399 el abad Jean de Damas-Cozan intentó restablecer la práctica regular con la promulgación de estatutos. En 1412 Raymond de Cadoène intentó también restablecer la liturgia. En 1458 Juan de Borbón intentó la última reforma de la orden de fines de la Edad Media; promulgó estatutos, que fueron aprobados por el Capítulo General y por una bula de Pío II en 1459. La impresión general es la de una orden corroída en su interior y a la defensiva. El abad reiteraba los llamados a la disciplina y recordaba las condiciones para que los monjes estudiaran. Los priores no ayudaban mucho; se perdieron cada vez más ingresos. Juan de Borbón ordenó la excomunicación de monjes, que comenzaron a comportarse como si sus prioratos fueran sólo iglesias parroquiales, en lugar de instituciones monásticas. Las reformas de Juan de Borbón tuvieron cierta eficacia, pero sus efectos fueron muy limitados.

Este abad fue el constructor del palacio abacial gótico, con claustro y capilla. Fue una obra importante, aunque no tenía las dimensiones de las grandes construcciones cluniacenses. Por otro lado, los abades de este periodo no eran, ni podían ser constructores; en general se dedicaban al embellecimiento de la iglesia o a enriquecer el tesoro con estatuas, objetos litúrgicos, joyas y tapicería. También aumentaron la colección de reliquias.

La cantidad de monjes cae: unos 120 en 1428, pero unos años después, a causa de la guerra y la peste, no eran más de sesenta u ochenta. La iglesia se degradó, el nártex necesitaba reparaciones en 1385, el piso se deterioró, los vitrales estaban rotos y los pájaros se instalaron en el interior de la iglesia; los altares también se degradaron. El descuido de los responsables es tal que en 1392 un religioso de la orden de San Agustín se introdujo por la noche en la iglesia y se robó objetos por un valor de 1000 francos.

El primer tercio del siglo XV es el peor momento de la abadía. La Guerra de los Cien Años continúa, pero además la región era zona de conflicto entre los Armagnacs y los Borgoñones. Las incursiones de bandas armadas se multiplicaron. En 1421 los visitantes decían: “La iglesia está en un estado inhumano, los muros y columnas están cubiertos de telas de araña, el piso está cubierto de detritos”. No era culpa del abad Eudes de la Perrière. Hay que esperar a la paz de Arras en 1435 para que hubiera un poco de tranquilidad, aprovechada por Juan de Borbón. Pero en 1471, nuevos conflictos: las disputas entre Luis XI y Carlos el Temerario echaron atrás las pequeñas mejoras. Las tropas de este último tomaron Cluny violentamente, hubo monjes muertos. El estado de la orden era nuevamente un desastre.

El estado financiero era también terrible. Con el pretexto de la guerra, muchos prioratos miraban para otro lado y no enviaban los tributos debidos a la abadía. Ni hablar de los que estaban fuera del reino de Francia. Los papas seguían presionando: en 1385, Juan de Damas-Cozan sólo consiguió cien de los 300 francos que debía de los diezmos. Muchos prioratos se disol-

vieron, otros sufrieron a su vez la presión financiera de la abadía madre. Raymond de Cadoène intentó poner orden en las cuentas, pero debía pagar las pensiones a los cardenales, girar 4000 francos al duque de Borbón y 6000 florines a Benito XIII.

La imagen de la vida regular entre 1380 y 1485 era muy mala: relajamiento general en toda la orden, aunque hay que tener cuidado y estar atento a las diferencias regionales. Los monjes se ausentaban, algunos priores acumulaban funciones, hubo monjes que recibieron beneficios y se comportaron como canónigos, incontinencia, abandono del hábito, actividades comerciales ilícitas, dilapidación de bienes, desobediencia y rebelión. Todo esto fue señalado por los definidores. La celebración del oficio divino era cada vez más ligero; a veces los monjes se negaban a levantarse para rezar maitines. A algunos se les permitió conservar bienes a título personal, que podían recuperar si abandonaban la orden. Religiosos de otras órdenes eran recibidos en la orden con el apoyo pontificio para conseguir beneficios.

La formación de los hermanos también se degradaba. Los resultados de los colegios de París y Aviñón no fueron los esperados. En París coincidían los problemas financieros y disciplinarios. Poca plata y demasiada libertad no ayudaban para que los hermanos se concentraran en sus estudios. Sin embargo, hay que tener en cuenta que muchos monjes cluniacenses fueron maestros regentes en la facultad de teología y en 1413, sobre un total de 17 licenciados en teología, cinco fueron cluniacenses. La historia de los colegios cluniacenses tiene muchas variaciones con numerosos altibajos; en todo caso, nunca produjeron un intelectual de primera línea, pero tampoco era el objetivo de la orden ni de los colegios que le pertenecían.

Para el siglo XV la orden ya era definitivamente una orden francesa. Los prioratos alemanes, italianos y españoles adhirieron a reformas monásticas regionales. Esto no sólo era un problema religioso, sino que coincidió con el afianzamiento de los reinos medievales, predecesores de los estados modernos.

Cluny y el Cisma de Occidente

El cisma se inició en 1378 con la doble elección de Urbano VI y de Clemente VII. En general los laicos y los religiosos aceptaron la obediencia que decidían sus reyes. El cisma se cerró cuarenta años más tarde con la elección de Martín V en el Concilio de Constanza. Cluny adhirió a la obediencia a los papas de Aviñón. En Cluny el cisma no era nombrado, era casi un tabú. Pero se invitaba regularmente a los monjes a rezar por la unidad de la Iglesia. En otras órdenes, como los cartujos, el cisma produjo una división en el seno de la orden, en la que hubo dos superiores generales. Aunque esto no sucedió en Cluny, sin embargo el cisma tuvo consecuencias en el interior de

la orden: influyó en la separación de los prioratos fuera de Francia, por ejemplo los de España, región que había quedado dentro de la obediencia a Roma. Por otra parte, hubo cardenales que se hicieron atribuir prioratos, puesto que habían sido privados de otros beneficios. La exención fue también atacada, puesto que —como consecuencia de la sustracción de la obediencia decidida en París en 1398— se decidió que hasta que se terminara el cisma, las elecciones de los monasterios exentos debían ser confirmadas por los obispos de cada diócesis. Cuando se renueve la exención, en 1413, se tratará ya de letra muerta.

Hubo cluniacenses activos durante el cisma, como Foulque de Blandy, prior de Saint-Martin-des-Champs, Roberto de Chaudesolles, Lamberto de Stipite o Jean de Vinzelles. Estos personajes se dedicaron a defender los intereses de la orden durante el desorden producido por el cisma. El problema posterior al cisma era conseguir que los monjes de la orden, que se habían acostumbrado a la independencia durante éste, volvieran a la obediencia.

Cluny en la primera Modernidad

La figura destacada en el ingreso de Cluny a la modernidad es Juan de Borbón. Sus reformas, expresadas en sus estatutos, serán retomadas en los debates internos de los siglos posteriores. Para el nacimiento del monacato benedictino moderno fue fundamental también la aparición de la congregación de Chezal-Benoît, que exigía un retorno a los principios de la regla y la práctica de la elección en el Capítulo General de los superiores regulares, por un periodo de tres años.

A comienzos del siglo XVI, los cluniacenses se encontraron enfrentados a diversas corrientes reformistas, humanistas, dentro y fuera de las órdenes regulares. Era el tiempo de las reformas, que vio el surgimiento del Protestantismo así como el Concilio de Trento. Todo esto habrá de tener consecuencias en el monacato. Lo mismo que las reformas vannistas y mauristas del siglo XVII. La modernidad no fue para Cluny un momento de crisis, sino de búsqueda permanente de un nuevo modelo monástico adaptado a realidades completamente distintas de las vividas durante la Edad Media.

El Cluny moderno nació a fines del siglo XV, bajo el abadiato de Juan de Borbón. En 1481, él renunció a su funciones a favor de Jacques d'Amboise, aunque mantuvo su derecho a la administración de la orden hasta su muerte en 1485. Jacques d'Amboise se convirtió en obispo de Poitiers y transfirió el abadiato en 1510 a su sobrino Geoffroy, quien era el prior de Souvigny.

En 1518, los monjes de Cluny eligieron como abad al gran prior Jean de la Madeleine, pero a causa de los derechos otorgados al rey en el concordato de Boloña, este nombró a Eymard Gouffier, hasta entonces abad de

Saint-Denis. En 1528 murió, los monjes eligieron a Jacques le Roy, el rey se opuso, lo nombró arzobispo de Bourges y nombró abad a Jean de Lorraine, arzobispo de Reims; este ocupará el cargo hasta 1550.

Las reformas de Juan de Borbón, realizadas a partir de los estatutos de 1458, deben ubicarse en un contexto europeo de reforma monástica. Exigían a los superiores de cada claustro la redacción de cuatro reportes anuales sobre las finanzas de su monasterio, destinados al abad y al capítulo general. Restauración de la disciplina interna (vida en común, pobreza individual, uso del hábito, etc.). Intentaban también devolver a la orden su cohesión interna a través de la obligación de los superiores de asistir a los capítulos generales y al cumplimiento de las decisiones allí tomadas. Juan de Borbón peleó contra los monasterios que se resistían al restablecimiento del gobierno centralizado de la orden. Tuvo cierto éxito en Francia, ninguno fuera de ese reino.

A partir de 1481 Jacques d'Amboise intentó continuar con la obra de Juan de Borbón, en particular con la reforma de Saint-Martin-des-Champs en torno al 1500. La reforma de ese claustro quedó en manos del prior Philippe Bourgoing (1500-1507) y de un entusiasta universitario del Colegio de Navarra, Jean Raulin, convertido a la vida monástica a los 54 años en Cluny. Tuvieron éxito y atraieron vocaciones a ese monasterio. Se produjo la reforma de otros prioratos cluniacenses en Francia, con la activa participación de hombres y mujeres venidos del mundo y no de los claustros. A los reformadores los unía la denuncia del relajamiento de las costumbres y fueron apoyados por los Capítulos Generales, e incluso apelaron al auxilio real. A pesar de todo, los alcances de la reforma de principios del siglo XVI fueron limitados.

Entre 1528 y 1621, la abadía estará bajo la tutela de las casas de Lorena y Guisa. En el concordato de Bolonia de 1516, la libre elección del abad es puesta en duda. La orden se integró a la Iglesia galicana. La autoridad monárquica habrá de disponer de la abadía y del futuro de la orden. La orden es gobernada por un abad cardenal de la familia de Lorena, que se desentien- de de la abadía y deja el gobierno en manos del gran vicario o coadjutor.

Para mediados del siglo XVI, el contexto institucional de la orden era frágil. Entre 1562 y 1575 Cluny y otros monasterios cluniacenses sufrieron daños a causa de las Guerras de Religión. A pesar de esto, el Capítulo General de 1565 legisló de acuerdo con el espíritu del Concilio de Trento: la profesión se fijó en los 16 años, se legisló acerca del noviciado, de la clausura de las monjas, de la institución de los priores claustrales o sub-priores, de la puesta en común de los ingresos, de la instrucción de los monjes jóvenes y la reforma de los colegios de la orden.

En 1574 murió Carlos de Lorena, cardenal y abad. Fue sucedido por Claudio de Guisa en 1574, quien ya era coadjutor. Comenzó un nuevo periodo de reformas, pero la participación del abad en la Liga y la derrota de esta última hizo que en abril de 1595 la abadía de Cluny cayera en manos del

ejército real y el abad fuera destituido, aunque el rey lo restableció poco después. Nuevamente se reinició la restauración de la abadía y prioratos. El capítulo general de 1600 fue finalmente el momento de la restauración material y espiritual de la orden, siempre bajo los estatutos de Juan de Borbón, pero dando impulso a reformas y reformadores nuevos. Entre los reformadores de la época hay que mencionar a dom Laurent Bénard, prior del Colegio de Cluny en París.

Claudio de Guisa propuso a su sobrino, Luis de Lorena, cardenal de Guisa, abad de Saint-Denis, para sucederlo. Es el momento real de la reforma interna cluniacense. Desde 1619 propuso un reglamento de reformas para la comunidad. Como la reforma de toda la orden era un objetivo demasiado ambicioso, el abad decidió formar un núcleo duro para la reforma desde el interior mismo de la orden, una suerte de congregación. En 1621 comenzó el intercambio con los mauristas, se llegó a un proyecto de reforma muy mal recibido por los monjes de la abadía, pero aprobado por el rey y el Parlamento: es la base de lo que veremos luego como Estricta Observancia. Se crea en el interior mismo de la abadía un grupo de religiosos que vive separado según la Estricta Observancia de la *Regla* de san Benito y los estatutos de la orden de Cluny. Sólo se aceptarán novicios que se unan a este grupo.

En 1621 murió Luis de Lorena y fue elegido abad el gran prior Jacques Vény d'Arbouze, quien apeló a Richelieu para pedirle que le enviara algunos mauristas para ayudar con la reforma. Se planeó la unión entre Cluny y San Mauro y se firmó un contrato en 1623. Se preveía una única congregación con un superior general elegido por cinco años. Sólo se permitiría el ingreso de novicios destinados a la reforma, y los monjes que no acepten serán enviados a claustros destinados para recibirlos. Toda la comunidad debería abrazar entonces la Estricta Observancia. El abad recibió el encargo de reformar al resto de los monasterios cluniacenses. A pesar de este acuerdo, discutido en las más altas esferas de la Iglesia francesa por Richelieu, el cardenal de la Rochefoucault y el abad de Cluny, la realidad era otra.

Los mauristas se mostraron muy prudentes; a muchos cluniacenses la cuestión no les gustaba nada y solicitaron un Capítulo General. Para ellos se corría el riesgo de que la unión destruyera la identidad de la orden. Además, muchos no tenían intención de mudarse, exigían prebendas y pensiones y quedarse en Cluny. El abad convocó al capítulo general en 1626. No se llegó a nada. En 1629, dom d'Arbouze reunió una asamblea de la Estricta Observancia, una especie de demostración de fuerza, y los religiosos que pertenecían a ésta hicieron un juramento. El abad murió, en 1630; Richelieu se convirtió en abad.

El objetivo de reformar al conjunto de la Orden Cluniacense a través de la renovación progresiva de las comunidades, con el apoyo de algunos religiosos de otras órdenes, era bastante difícil (hubiera sido impensable a prin-

cipios del siglo XVI, en tiempos de Jean Raulin). El resultado será la existencia de una doble comunidad.

En vistas de que Saint-Maur no aceptaba ayudar, cuando Richelieu se convirtió en abad impuso la unión desde arriba. En 1633 se reunió el primer Capítulo General de la reforma cluniacense; poco después el cardenal obtuvo la unión con Saint-Maur. La Estricta Observancia reunía una decena de monasterios.

Aquellos monjes que seguían la reforma ponían la unión en acto, a pesar de la oposición de muchos monjes “viejos” e incluso de algunos reformados. La unión era real, se publicaron constituciones y procedimientos de nominación de priores y de superiores que mezclaban a Saint-Maur con los cluniacenses de la Estricta Observancia. Sin embargo, en 1642, a la muerte de Richelieu —quien aún no había obtenido la aprobación de Roma para la unión—, las resistencias a la unión se manifestaron. Cluny no aceptó disolverse en un conjunto de monasterios en el que la abadía madre no sería la cabeza. En 1644 los mauristas y el nuevo abad firmaron el acta de ruptura de la unión.

El nuevo abad fue el hijo del príncipe de Condé, quien consiguió que fuera elegido con el apoyo de la Antigua Observancia. El príncipe de Conti tenía 13 años. Se separaron los monasterios mauristas de los cluniacenses, Cluny recuperó los suyos y la congregación de Saint-Maur conservó aquellos que nunca habían sido cluniacenses. Los monjes de cada orden debían volver a sus respectivos monasterios, aunque un porcentaje de los cluniacenses de la Estricta Observancia solicitaron pasar a los mauristas; algunos pocos lo obtuvieron.

En 1651 el abad dejó la orden para casarse con una princesa; después se arrepintió. En el medio eligieron un abad de ocho años de edad, Henri-Jules, duque de Borbón y de Enghien. Algunos monjes tuvieron la idea de volver a la unión con los mauristas, pero estos últimos se negaron. Finalmente Conti renunció a sus intenciones y se casó con la nieta de Mazarino. Éste último es elegido abad el 21 de febrero de 1654.

Mazarino intentó de nuevo la unión con Saint-Maur y Saint-Vanne. Formó un comité eclesiástico exterior e intentó imponer una reforma general de la orden. Algunos religiosos recalcitrantes de la Estricta Observancia se opusieron públicamente en el capítulo de 1656, el ministro los hizo arrestar por la fuerza pública. Mazarino recibió un breve pontifical, que lo autorizaba a reformar todos los monasterios cluniacenses. Se enfrentó a la Antigua Observancia y a su mala gestión de los monasterios, pero también a la Estricta, que aún no había sido oficialmente reconocida por Roma. En este contexto intentó la unión con los mauristas, pero fue resistida por la Estricta Observancia, más o menos lo mismo pasó con los vannistas. Se produjo la unión con estos últimos, pero sólo duró hasta la muerte del cardenal abad en 1661.

El rey nombró al cardenal Renaud d'Este como nuevo abad; la comunidad aceptó a regañadientes. Era una figura bondadosa y distante, que

nombró como vicario general a Maurice Le Tellier, futuro arzobispo de Reims. Hubo un periodo de tranquilidad hasta la muerte de este último en 1672, lo que permitió la implantación de la Estricta Observancia en otros monasterios de la orden. Cuando murió el abad volvieron los conflictos internos y se inició un periodo de diez años de vacancia abacial. Se había elegido un abad, dom de Beuvron, pero éste debió exiliarse en otro monasterio.

El poder real se opuso a las aspiraciones de independencia de la Estricta Observancia. La legitimidad de esta última era frágil. El rey nombró un ecónomo que se hizo cargo de la gestión de la abadía. El objetivo en última instancia era volver a unir a las dos observancias bajo los estatutos de 1458. Durante el capítulo general de 1676 la Antigua aceptó con reservas, la Estricta se opuso. A pesar de todo se trató del primer Capítulo General de toda la orden desde 1600, se avanzó en muchas cosas y las partes mostraron buena voluntad. Sin embargo, sobrevivieron las dos observancias.

En 1683, con la dimisión de Beuvron, el rey propuso e impuso a Emmanuel-Théodose de la Tour d'Auvergne, cardenal de Bouillon (1683-1715). La presencia de abades comendatarios, impuestos por el rey, es una de las características fundamentales del Cluny moderno. Bouillon (nacido en 1643) era un personaje enérgico, que quiso poner bajo su autoridad abacial al conjunto de la orden. La acción de Bouillon es paradójica: por un lado actuó a favor de la unidad e identidad cluniacenses, por ejemplo al imponer la revisión del breviario, pero por otro lado creó profundas tensiones, sobre todo al interior de la Estricta Observancia, cuando intentó uniformar las prácticas litúrgicas. En términos generales fue un buen momento para la orden. Bouillon fue exiliado de Francia en 1710 a causa de sus ambiciones políticas.

La historia cluniacense en el siglo XVIII puede resumirse en el intento de mantener el frágil equilibrio entre las dos observancias, pero manteniendo la unidad de la orden. Por ejemplo, el nuevo abad Henri-Oswald de la Tour d'Auvergne, arzobispo de Tours y de Vienne, abad entre 1715 y 1747 logró instaurar durante el Capítulo General de 1717 un defensorio común a las dos observancias, para la gestión general de la orden. Respetó la independencia de las dos observancias, pero fue más exigente con la Estricta; no les permitió entrar en casas de la Antigua Observancia sin tener cartas patentes. El abad se convirtió en 1728 en el superior general y administrador perpetuo de la orden para las dos observancias. Se pueden señalar muchas cuestiones más o menos importantes, como la reglamentación de la vida conventual, pero en términos generales la orden en sus dos observancias funcionaba.

A mediados de siglo se realizaron nuevamente grandes obras en la abadía. Se la reconstruyó con el plano general de la época: claustro neoclásico, gran edificio en dos alas, grandes galerías, escaleras monumentales y grandes vestíbulos. Se realizaron también reparaciones en numerosos claustros. Fue un periodo de tranquilidad y prosperidad. Se hicieron obras en el cole-

gio de París y se inició la escritura de la historia moderna de la orden.

Cluny tuvo que rendir cuentas, como todo el monacato francés, a la Comisión de Regulares a partir de 1766. El estado buscaba ordenar la vida regular, suprimir casas, redactar nuevas constituciones, uniformar, etc. La Estricta Observancia intentó alcanzar los nueve religiosos exigidos para cada claustro, pero la Antigua ni lo intentó. En 1768 se ordenó la supresión de seis prioratos de la Antigua y tres de la Estricta, esto será efectivo recién en 1780. Finalmente, la Antigua Observancia es suprimida en 1788; en ella quedaban sólo 214 religiosos en 40 claustros. La Estricta contaba con trescientos en 35 monasterios. En comparación, los mauristas reunían 190 monasterios con 1500 religiosos.

Antigua Observancia vs. Estricta Observancia

La existencia de dos observancias cluniacenses durante buena parte de los siglos XVII y XVIII, merece alguna explicación acerca de qué significaba la pertenencia a la una y a la otra.

La Antigua Observancia

Los años del 1600 fueron decisivos para diferenciar la Antigua Observancia de la reforma que llevó a la aparición de la Estricta Observancia. El hecho fundamental fue el apoyo real y abacial a la construcción de una reforma en el interior de Cluny, con el ejemplo de los mauristas y vannistas, basada en una interpretación diferente de la tradición cluniacense. La reacción de parte de los religiosos fue negativa. En el largo plazo, la Antigua Observancia fue derrotada y suprimida a fines del siglo XVIII. La rama tradicional o antigua no debe ser asimilada automáticamente con un conjunto de monjes mediocres, sino que son religiosos que no estaban de acuerdo con una forma de vida monástica que les parecía una novedad. Ellos afirmaban que eran los continuadores de la tradición cluniacense y se apoyaban en los estatutos de Juan de Borbón, la única reforma que consideraban respetuosa de la tradición medieval.

Hacia 1697, la Antigua Observancia reunía aproximadamente cincuenta prioratos. Para 1717 eran sólo cuarenta. La lista genera dudas: algunos prioratos que aparecen, desaparecen luego sin que hayan pasado a la Estricta Observancia. Otros detalles hacen sospechar de la fragilidad de la Antigua Observancia, con prioratos que quizás no estaban habitados por verdaderas comunidades. La Antigua Observancia mantenía la tradicional división en provincias geográficas, cuya existencia real era dudosa o irreal desde

el siglo XVI, como en el caso de España, Italia, Alemania o Inglaterra.

El peso del abad era muy grande, aunque la Antigua Observancia considera al Capítulo General como el lugar de gobierno e intercambio colectivo de la Orden.

Una de las grandes debilidades de la Antigua Observancia es la ausencia de una gestión centralizada del personal monástico, lo que beneficia el particularismo local y vuelve difícil un gobierno central. La orden mantiene con dificultad su unidad y su funcionamiento centralizado durante el siglo XVII. Los monasterios de la Antigua Observancia parecen estar replegados sobre sí mismos y aislados. En realidad, se sabe poco sobre la vida de los monasterios que no entran en la reforma durante el periodo 1630-1675.

El Capítulo General de 1676 no sólo implica la oficialización de la Antigua Observancia, sino también su estructuración bajo los estatutos de Juan de Borbón. El poder real es la autoridad en última instancia, puesto que el Capítulo no puede producir un abad. Aunque en 1676 se intentó restablecer la unidad la orden, en verdad se oficializó la separación en dos ramas, imponiendo un funcionamiento unitario de fachada para dar imagen de unidad, que de alguna forma terminó dando algunos resultados reales.

Los problemas eran numerosos en la Antigua Observancia: falta de religiosos, necesidad de restablecimiento de la disciplina regular y de la recitación del oficio divino. El estado material era catastrófico en muchos de sus edificios e iglesias; a esto se sumaba la dispersión de los bienes temporales y la pérdida de derechos, la resistencia de muchos beneficiarios titulares o comendatarios exteriores de la orden que desviaban los ingresos y bienes de su destino original, el abandono de las obras pías y de las limosnas.

A partir de 1676 se instituyó un doble definitorio, compuesto de ocho religiosos de la Antigua Observancia y siete de la Estricta. La Antigua Observancia buscaba centralizarse, preocupada en particular por lo que concernía a los noviciados y visitantes provinciales. Se ponía en funcionamiento una tentativa de gestión de personal monástico para llenar las vacantes de los monasterios. Hubo resistencias de distinto tipo hasta los años 1740, pero esto implicaba un deseo de reforma que no se condice con la imagen decadente que se tiene de la Antigua Observancia.

La Antigua Observancia nació en una crisis de la que no pudo salir, a pesar de que se hicieron intentos de reorganización. Cuando se realizó la supresión en 1787-88, sobre un total de sesenta monasterios, sólo tres superaban la cifra mínima de nueve religiosos.

La Estricta Observancia

Entre el 16 y el 24 de noviembre de 1633 tuvo lugar el Capítulo

General que fundó la Estricta Observancia. Había sido convocado por el cardenal Richelieu, abad de Cluny, y se organizó siguiendo el modelo de Saint-Vanne. El capítulo eligió un presidente de régimen, visitadores y priores locales. Instituyó noviciados provinciales: Cluny, La Charité-sur-Loire y Crépy. El Capítulo insistió en el cumplimiento de la liturgia, la disciplina monástica (vestimenta, tonsura, pobreza individual, formación de postulantes y novicios) y en la gestión común de bienes con la puesta en funcionamiento de un cillerero y del sello del monasterio, todo esto con el objetivo de combatir la propiedad privada y el individualismo.

Entre 1636 y 1644 se produjo la unión con los mauristas. Los capítulos generales y más tarde las dietas anuales constituyeron el fundamento de la organización de la Estricta Observancia. Los superiores de la reforma estaban muy atentos a la conservación del espíritu de los orígenes del movimiento; no dudaron en llamar al orden a las comunidades o incluso a los individuos.

La Estricta Observancia se organizó en los años 1645-75, sobre la base de los desarrollos de los tres decenios anteriores. Algunos monasterios conocieron un periodo de integración a la Estricta Observancia antes de volver a la Antigua o de terminar con una doble comunidad, con un superior de la Estricta y uno de la Antigua. Hay monasterios que se integraron a la Estricta Observancia luego de conflictos más o menos largos.

El Capítulo General de 1728 separó definitivamente las casas de una y otra observancia. Los reformados no podían meterse en casas de la Antigua con el pretexto de la realización de oficios de los que serían titulares, ni al revés. Los religiosos de una y otra observancia debían retirarse a claustros separados que los superiores les indicaban. Las pequeñas comunidades dobles son así suprimidas. Más adelante se prohibirá que los religiosos sean titulares de oficios claustrales de otra observancia, salvo en el caso de Cluny.

Como forma de superar el problema de la falta de religiosos (sólo veinticinco monasterios podían reunir entre tres y treinta y seis religiosos), en 1732 se formó una comisión para resolver este problema. Se optó ya en el capítulo de 1728 por la conventualización, que implicaba la reunión de sacristías o prioratos con monasterios. Esto permitía incluso que pequeños prioratos independientes se unieran a la reforma, como es el caso de Saint-Benoît-sur-Loire en 1729; hubo otros casos en 1747 y 1752.

A partir de 1730, como consecuencia de las medidas tomadas entre 1725-1728, comenzó un periodo de estabilidad, que permitió realizar trabajos arquitectónicos, incluso en Cluny mismo y en algunos monasterios como Montdidier, hasta 1787. Con más o menos esfuerzo, muchos monasterios lograron sanear sus cuentas y realizar obras importantes. Dentro de estas reformas arquitectónicas hubo discusiones interesantes acerca del derecho o no de los monjes a tener chimeneas en sus celdas.

La Estricta Observancia sufrió mucho menos las amenazas de supresión

de la Comisión de Regulares. Aunque algunos prioratos fueron suprimidos, en general y con el apoyo del cardenal de la Rochefoucauld (abad de Cluny) no pasó gran cosa. Incluso las reformas arquitectónicas delataban que se proyectaba el crecimiento. Este proceso se detiene abruptamente, pero sólo como consecuencia de la supresión de las órdenes religiosas durante la Revolución. En un documento oficial del superior de la Estricta Observancia fechado el 5 de marzo de 1790 aparecían 35 monasterios con sus 300 religiosos.

A pesar de que la condición general de la Estricta es mejor que la de la Antigua, sus comunidades no dejan de ser frágiles y el número de religiosos relativamente bajo. No era sólo un problema de Cluny sino también de Saint-Vanne y de Saint-Maur. Eran comunidades pequeñas, incluso sumando al número de monjes de coro, los conversos, servidores contratados y domésticos.

La voluntad de uniformizar la disciplina monástica y la puesta en funcionamiento de un sistema centralizado de gestión del personal monástico son elementos fundamentales de las reformas monásticas modernas, incluso de la Estricta Observancia, que chocaban con prácticas antiguas como el reclutamiento local, las redes sociales constituidas y resistentes, las singularidades regionales, etc. En consecuencia, la conservación del espíritu de comunidad fue un objetivo central de la Estricta Observancia. La solución pasaba por acentuar el cenobitismo, que pasa por la recitación del oficio divino en el coro, la gestión común de los bienes y la separación del mundo.

Los superiores adaptaron el ceremonial monástico a las pequeñas comunidades. Si el pequeño tamaño de la comunidad no permitía la presencia de más que seis religiosos en el coro, sólo se cantaba la misa y las vísperas (1633). A partir de 1640 se multiplicaron las prescripciones de oración en el coro y de oración personal. Los superiores de la Estricta Observancia querían devolver a la vida del monje toda su dimensión contemplativa y coral, con un lugar importante otorgado a la devoción mariana y a los santos benedictinos y cluniacenses.

La oración del monje era personal pero dirigida y controlada por la vida común. En 1665, al igual que entre los mauristas y vannistas, se generalizó la práctica del retiro anual, así como la conferencia hebdomadaria realizada por los superiores para los religiosos, los domingos y días de fiesta, así como para los religiosos jóvenes en el monasterio de formación. A fines del siglo XVII el incumplimiento de esta obligación implicaba la deposición del superior. Los novicios eran sometidos a una formación espiritual exigente.

La separación del mundo tenía una justificación espiritual e individual, pero además servía para mantener unida a la comunidad. Era muy importante que los monjes no quedaran atrapados en redes locales. Con este objetivo en mente, se limitaron las salidas, se prohibió recibir huéspedes de manera prolongada (1642), incluso era estricto el control sobre el religioso en sus visitas a sus padres (1672), se controlaba el envío y recepción de

correspondencia y se limitaban las confesiones a seculares, permitidas sólo cuando los superiores lo ordenaban y dentro de horarios estrictos. Se buscaba también reforzar el sentimiento de pertenencia a una comunidad a través de la recreación común de los domingos y fiestas o las conferencias y retiros espirituales, pero también a través del refectorio común en silencio y el servicio a los hermanos. La obediencia era el fundamento de la vida común. La separación del mundo llevaba aparejado el ejercicio de la verdadera pobreza individual, que se basaba en la gestión común de los bienes.

El problema de la pobreza individual era central para la Estricta Observancia y la gestión común de los bienes era el instrumento elegido, pero ésta produjo resistencias. Se trataba de una lucha contra el vicio de la propiedad que iba desde la prohibición de la percepción directa e individual de dinero (Capítulo de 1647), hasta los detalles de la vida cotidiana: uso de un solo sello monástico para el envío de correo; sobriedad y uniformidad del vestido —se legisló acerca de las capas y sombreros (1668)—; uso de libros litúrgicos únicos; prohibición, salvo excepción, de la posesión de relicarios propios dorados o plateados, de la posesión de relojes, estuches y cubiertos de plata. Se puede decir, que hacia 1695, la gestión común de los bienes era un principio generalizado para la Estricta Observancia.

Aunque la reforma consolidaba a los monasterios, sin embargo generó conflictos con algunos religiosos, a los que les costó acostumbrarse a ella y fragilizó algunas comunidades. Hubo denuncias y castigos por exceso de intercambio epistolar, salidas y viajes nocturnos, caza, práctica de música instrumental, relación con mujeres. Hubo también penitencias. Los años 1700-1710 son los más difíciles para la reforma, que sufrió de sus tensiones internas, visibles en los capítulos y dietas de esos años. La solución de los problemas pasaba siempre por la reafirmación de los principios de la reforma.

Los llamados al orden a religiosos individuales o a comunidades eran permanentes en ese periodo. El problema de fondo aparentemente era el difícil equilibrio entre la comunidad y sus autoridades e individuos. Esto podría demostrar la afirmación de un cierto individualismo en el interior de la comunidad, que no estaría más que manifestando desarrollos propios de las sociedades europeas modernas. La lucha permanente contra el vicio de la propiedad durante todo el siglo XVIII era síntoma de esto.

El reclutamiento de religiosos se dio en forma bastante tradicional, sobre la base de las principales diócesis cluniacenses del centro de Francia (Mâcon, Le Puy y Clermont) y de la región del Ródano (Lyon y Chalon-sur-Saône), pero con una gran preponderancia del Franco-condado, por influencia de los monasterios reformados por Saint-Vanne, antes de la unión de esa región al reino de Francia en 1678. El reclutamiento se asentaba en los viejos lazos entre las antiguas y más notables abadías cluniacenses y la población de las regiones en las que estas se encontraban. El número de religiosos estu-

vo en una meseta durante el siglo XVII y cayó ligeramente durante el siglo XVIII, pero en las últimas décadas antes de la Revolución se produjo un repunte importante en el reclutamiento.

Las autoridades superiores de la estricta observancia eran el Superior General y el Vicario en el Franco-condado, sendos asistentes, el Procurador general de la reforma y el del Franco-condado, los visitadores y los priores de los monasterios. Superior y Vicario General solían ser hombres de experiencia que habían sido priores en varios monasterios antes y después de su nominación. Estaban en función durante seis años, lo que no les impedía después cumplir alguna otra alta función. Louis-Philibert Marine, superior general entre 1750 y 1756, fue luego asistente del superior de 1756 a 1771. Dom Claude Baudinot: superior general 1768-1773, pero antes había sido visitador entre 1728-1735, luego procurador general entre 1738-1765, lo que significa que estuvo en el centro de la toma de decisiones entre 1728 y 1771. Esto significa que si bien se daba una renovación de los cargos, por otra parte había una cierta continuidad en la dirigencia.

El cargo de Superior General no estaba atado a ningún monasterio en particular. En el siglo XVII el centro era Cluny, pero a partir de fines de ese siglo y durante el XVIII, el centro de toma de decisiones de la orden parece haberse corrido al monasterio de Saint-Martin-des-Champs en París, lo cual era lógico teniendo en cuenta el proceso de centralización del estado francés. Cluny era el símbolo de la unión de la familia cluniacense. Los superiores de la Estricta Observancia realizaron el seguimiento individual de cada religioso desde la finalización del noviciado, ubicándolos dentro de un sistema de promoción muy estricto, pero flexible.

La reforma insistía en la naturaleza contemplativa de los monjes y dejaba de lado la tarea del cuidado sistemático de los fieles. Sin embargo, las dietas y los Capítulos Generales deben dar respuesta al cuidado de las monjas y de actividades puntuales en servicio de los fieles: confesiones, participación en misiones puntuales, predicación. La cura de almas también se realizaba en el interior de los monasterios, como por ejemplo en los colegios: en Cluny se recibía e instruía a niños de las cercanías a partir del siglo XVII; o como la instrucción a los domésticos y la oración de la tarde con ellos. En algunos lugares había religiosos de la Estricta Observancia que se debieron dedicar a la cura de almas por distintas razones.

Tomando sus fuerzas de las reformas monásticas vanniasta y maurista, la Estricta Observancia cluniacense fue una de las manifestaciones del retorno a la *Regla* y a los principios fundamentales del monacato benedictino. Sostenido o enfrentado a las ambiciones del poder abacial o real, este movimiento reformador intentó acercar la herencia cluniacense a la inspiración reformadora de la Francia del siglo XVII. Su éxito, a pesar de ser frágil, permitió a Cluny inscribirse en la modernidad monástica en el siglo XVIII.

La erudición cluniacense en la Modernidad

Cuando se piensa en los benedictinos en la modernidad se recuerda su aporte a la historia de la erudición histórica y a la transmisión de los textos patrísticos y medievales. Los monjes cluniacenses se enfrentaron a partir de 1450 con la necesidad de adaptar el modo de vida monástico a las evoluciones de la sociedad y a las aspiraciones de reforma. Los grandes reformadores cluniacenses como Jean Raulin y Philippe Bourgoing buscaron recordar a los cluniacenses la importancia de la *Regla*. En 1502 Saint-Martin-des-Champs compró cuarenta *Reglas* benedictinas. Los cluniacenses buscaron también participar del movimiento de reforma general de la Iglesia y la sociedad en su conjunto, lo que pudo llevarlos a chocar con el poder político, que le valió la cárcel a dom Guillaume Josse, predicador de Saint-Martin-des-Champs, en 1524. Hay pocos humanistas benedictinos franceses; uno de ellos fue el cluniacense Pierre de Montmartre (1485-1546), también de Saint-Martin-des-Champs, editor de Pedro el Venerable. Martin de Matthée (+ c. 1559), prior de Montierneuf y editor de Dioscorides y Teodoreto de Cyro. Dom Jean Lambert, *chantré* de Saint-Denis de Nogent-le Rotrou, que publicó sermones en 1582 y aparentemente un volumen dedicado a Marco Aurelio.

La fragilidad de la orden en los siglos XVII-XVIII explica la pobreza de eruditos en comparación con los mauristas y los vannistas. Igualmente hay unos veinte personajes importantes, cercanos a/o integrantes de la Estricta Observancia. El contenido de sus obras se centró ante todo en la historia de la Orden de Cluny en Francia o de algunas casas en particular. Proyectaban su presente francés y regional sobre el pasado medieval.

Se puede citar la *“Historia de las siete casas del Franco Condado”*, cuyo autor, dom Albert Chassignet, colaboró con el maurista dom Edmond Martène, cuando este último le solicitó noticias acerca de los monasterios de la región para el *“Dictionnaire historique de l’ordre de Saint-Benoît”*, proyecto de Charles de l’Hostallerie. En 1606, en el contexto de la Estricta Observancia, Martin Marrier publica su *“Martiniana”*, recopilación de títulos, privilegios y cartas del gran priorato parisino de Saint-Martin-des-Champs. En 1635 publicó su *“Historia del monasterio de Saint-Martin-des-Champs”*, libro cuya construcción y método anticipan las monografías mauristas. Otros autores cluniacenses de los siglos XVII y XVIII, que publicaron libros sobre monasterios puntuales son: Sebastian Marcaille (1610) y dom Hilaire Tripperet (1730-1736), sobre Souvigny. Pero la obra más importante fue la *“Bibliotheca cluniacensis”*, publicada por Martin Marrier y nada menos que André Duchesne, en 1615. Los debates de principios del siglo XVII produjeron textos históricos y polémicos como la *“Memoria para servir al establecimiento de la jurisdicción de los abades generales de Cluny sobre toda la orden de Cluny”*, escrito por dom Marin en apoyo del cardenal de Bouillon

en 1706, o la *"Historia"* de dom Georges Buyrin, de 1620, o la *"Apología de la reforma de Cluny"* de dom Plácido Des Prés, de 1670. A pesar de algunos ejemplos individuales, como el *"Bullarium cluniacensis"*, editado en 1680 por dom Pierre Simon, Cluny no tuvo la posibilidad de realizar un trabajo erudito organizado, como Saint-Maur. Esto se explica también porque la congregación de Saint-Maur fue el resultado de la reunión de 200 monasterios de orígenes diferentes y tuvieron la necesidad de bucear en el pasado monástico para encontrar una unidad de fondo, mientras que los cluniacenses eran más homogéneos en su origen e historia.

A partir de 1720 las cosas mejoraron, se reeditó la *"Bibliotheca cluniacensis"*, se proyectó la publicación de las actas de los Capítulos Generales de la orden, se trabajó en torno de los estatutos y constituciones de la orden. Por otra parte, eruditos mauristas como dom Anselme le Michel trabajaron con manuscritos de Cluny en la abadía en 1644 y se llevaron algunos con permiso de los monjes. Más tarde, especialmente en 1682, el mismo dom Mabillon visitó los archivos de la abadía, acompañado de dom Michel Germain, quienes fueron bien recibidos por el prior dom Joachim Lestinois. El erudito Étienne Baluze realizó numerosas estadías en la abadía en 1699, 1701 y 1703. Dom Martène y dom Durand, mauristas ambos, visitaron numerosos prioratos dentro del proyecto de la *Gallia Christiana* y también la abadía de Cluny en 1710. No nos vamos a extender más sobre los contactos entre Cluny y la erudición francesa de los siglos XVII y XVIII, pero hay que notar que sus archivos estaban en orden y a disposición de los eruditos.

Destrucción de la abadía y disolución de la Orden (1791-1820)

El 24 de agosto de 1790 Luis XVI promulga el decreto de Constitución civil del Clero. Fue el producto de un comité eclesiástico de tendencia jansenista que buscó construir una Iglesia francesa galicana, independiente de Roma e inspirada en el *richerismo*, eclesiología basada en los escritos de Edmond Richer, quien afirmaba que: *"Chaque communauté a droit immédiatement et essentiellement de se gouverner elle-même, c'est à elle et non à aucun particulier que la puissance et la juridiction a été donnée"*².

De los cerca de cuarenta monjes de la abadía de Cluny, luego de que los novicios fueron enviados a sus casas, dos solamente eligieron la vida común. Muchos se retiraron con sus familias luego de prestar el juramento de Libertad e Igualdad para obtener una pensión; algunos más tarde se retractarían. Otros se convirtieron al ministerio parroquial. Dos cluniacenses, dom

² "Cada comunidad tiene derecho inmediata y esencialmente a gobernarse a sí misma, porque es a ella, y no a algún particular, que le ha sido dada el poder y la jurisdicción" (N.d.R.).

Lataud y dom Estiard, juraron fidelidad a la Constitución civil del clero. Algunos fueron presos o deportados, tres murieron en las balsas de Rochefort. Seis fueron guillotinado entre el 29 de diciembre de 1793 y el 16 de julio de 1794. Cluny entregó su cuota de mártires durante el periodo revolucionario.

La administración comunal de Cluny se hizo cargo de la abadía. A los habitantes les preocupaba que la supresión de los benedictinos dejara sin colegio a los niños del pueblo. En 1791 se solicitó a la Asamblea Nacional la fundación de un establecimiento público; los jardines son alquilados. En 1792 la municipalidad trató de oponerse a la destrucción de la abadía, convirtiéndola a la iglesia abacial en parroquia. Sin embargo, en 1793 comenzó la destrucción del edificio.

El 25 de marzo de 1793 se destruyeron las marcas del Antiguo Régimen en la decoración de la abadía. Se bajaron las campanas. Se produjo la destrucción y pillaje de las estatuas del portal y del interior. Se perdieron archivos y libros de las iglesias parroquiales. Se sacó el cobre y plomo de los techos. Las infiltraciones debilitaron la estructura, los edificios se degradaron a pesar de los esfuerzos de la municipalidad por impedirlo. A partir de 1801 el edificio estaba condenado, fue puesto en venta por partes o utilizado para distintos destinos. La demolición se termina entre 1811-1812, dejando sólo los restos que son visibles hoy en día.

Intentos de restauración en el siglo XIX

En 1835, en plena Restauración –movimiento conservador que intentaba que Europa se retrotrajera a antes de 1789–, se le propuso a dom Guéranger que se hiciera cargo de los edificios conventuales de Cluny, pero esto le fue imposible por falta de medios financieros y humanos. Cluny tuvo un lugar simbólico importante en la restauración monástica en Francia, sobre todo para dom Guéranger; sin embargo, a pesar de un fugaz intento de dom Mamey Lamey, ésta no alcanzó a la abadía de Cluny.

Los restauradores benedictinos privilegiaron una herencia teológica, espiritual y erudita multisecular, antes que una restauración histórica del monacato. No es solo un problema de Cluny, los últimos mauristas tampoco pudieron restaurar su congregación.

El único intento concreto de restauración es el de Charles Lamey. Nacido en Estrasburgo en 1842, ingresó al Seminario de San Sulpicio y fue ordenado sacerdote en Flavigny, en 1870. En 1878 hizo su profesión monástica en Delle, Alsacia. Uno de sus principales intereses era la astronomía. Tenía el proyecto de fundar una familia benedictina científico-monástica y sostenerla con dinero de su familia. Se instaló en Grignon en Côte-d'Or en 1879, bajo la dependencia de Delle; instaló una imprenta y un observatorio.

Intentó acercarse a una familia benedictina más fuerte, Solesmes, pero no consiguió su objetivo. Orbita en torno de Vallambrosa primero y de la congregación benedictina helvética después. Finalmente, junto a los religiosos que logró reunir, intentó hacer un relevamiento científico de la región de Cluny. El 10 de agosto de 1888 compró la capilla de San Mayol. Luego de un año de trabajo se terminó una edificación que permitió formar un centro de reunión y estudios. Se instaló en ese priorato una colección geológica, un herbolario, libros e instrumentos científicos. Se trataba de un pequeño centro científico que publicó cortos estudios sobre ciencias naturales y astronomía. Lamey proyectaba una publicación llamada *Monologium cluniacense*, destinada a recibir textos no estrictamente científicos, privilegiando aspectos históricos o teológicos de la tradición de Cluny. En 1903 los religiosos de Cluny Grignon y Souvigny son exiliados a Aosta; allí murió dom Lamey ese mismo año y fue publicado el único volumen del *Monologium*. Su intento científico-contemplativo de una restauración de la vida benedictina en Cluny murió también con él. Su comunidad era muy pequeña, diez religiosos, su obra demasiado personal. Murió con el título de Prior mayor de Cluny.

Conclusiones

A partir de principios del siglo XII Cluny pierde su primacía como institución religiosa y su autonomía como *ecclesia*. Aparecen otras fundaciones monásticas, que participan también de la Reforma Gregoriana y que, por lo tanto, complementan a la vez que compiten con el monacato cluniacense. A partir del XIII aparecen además las órdenes predicadoras y mendicantes, que encarnan una nueva forma de espiritualidad, ocupando lugares nuevos o que antes ocupaba Cluny. La abadía sigue siendo un eje fundamental del papado, pero ya no exclusivo.

La primera crisis de Cluny se produce por distintas razones. En términos de política eclesiástica es fundamental la opción romana de apoyarse sobre la estructura eclesiástica secular, encabezada por obispos, que ya han sido sometidos a la autoridad romana, privilegiando a ésta sobre las reformas monásticas más o menos autárquicas. Pedro el Venerable es el timonel que logra pasar esta crisis. El crecimiento urbano, la construcción de las monarquías medievales, cambian nuevamente las relaciones de fuerza externas a la abadía. La sociedad cambia, el monacato pierde centralidad.

La crisis del siglo XIV es una crisis general europea, que afecta a Cluny. Lo mismo sucedió con los desórdenes producidos por las guerras de los Cien Años y de Religión en el siglo XVI. A esto hay que sumar la extracción sistemática de medios financieros por parte del papado, sobre todo el de Aviñón, durante el Cisma de Occidente. El siglo XV ve la necesidad de refor-

mar la orden cluniacense. Será una larga tarea, que se inicia con los estatutos de Juan de Borbón. La orden se convierte en una orden francesa y se vuelve más pequeña, dependiente de la monarquía.

Entre los siglos XVI y XVII, Cluny, al igual que el monacato no cluniacense de Francia, se estabiliza y busca caminos de recuperación. En general la crisis profunda de fines de la Edad Media y principios de la modernidad ha sido superada, pero el monacato se convierte cada vez más en una parte marginal de la Iglesia católica europea. Entre fines del siglo XVII y fines del XVIII, Cluny encuentra un nuevo modelo monástico, principalmente gracias a la influencia de vannistas y mauristas. Esto genera una división en la orden entre Antigua Observancia y Estricta Observancia. Esta última triunfa, pero su victoria es pírrica. Llega la Revolución.

La historia de la abadía de Cluny en la Baja Edad Media y en la Modernidad no es lineal. No se trata de una lenta y lineal decadencia hasta la supresión definitiva. Tiene momentos de crisis profunda y de recuperación y conserva hasta la Revolución la voluntad y capacidad de reformarse a sí misma. En líneas generales, Cluny no escapa a un proceso mucho más amplio y complejo, que lleva al monacato europeo a perder la centralidad social y política que había tenido entre los siglos VIII y XII. En ese sentido la Baja Edad Media (siglos XIII-XIV) y la primer Modernidad (siglos XVI-XVIII) son la cuna en la que nace el monacato que conocemos hoy en día.

Finochietto 850, 2ªA
CP 1272 - Buenos Aires
ARGENTINA

Bibliografía.

- P. ANGER, *Le Collège de Cluny fondé à Paris*, Paris, Picard, 1916.
- S. BARRET, “La Mémoire et l’écrit. L’abbaye de Cluny et ses archives (Xe-XVIIIe siècle)”, *Vita regularis* 19, Münster, LIT Verlag, 2004.
- P. CAILLET, “La décadence de l’ordre de Cluny au XVe siècle et la tentative de réforme de l’abbé de Jean de Bourbon (1456-1485)”, *Bibliothèque de l’École des chartes* 89 (1928), pp. 183-234.
- F. CYGLER, «L’ordre de Cluny et les “rebelliones” au XIIIe siècle», *Francia* 19 (1992), pp. 61-93.
- Y. CHAUSSY, *Les Bénédictines et la réforme en France au XVIIe siècle*, Paris, Éditions de la Source, 1975.
- G. CHARVIN, “L’abbaye et l’Ordre de Cluny en France de la mort de Richelieu à l’élection de Mazarin (1642-1654)”, *Revue Mabillon* 33 (1943), pp. 85-124.

IDEM, "L'abbaye et l'Ordre de Cluny sous l'abbatiat de Mazarin (1654-1661)", *Revue Mabillon* 34 (1944), pp. 20-81.

IDEM, "La succession de Mazarin à l'abbaye de Cluny. Le cardinal Renaud d'Este (1661-1672)", *Revue Mabillon* 37 (1947), pp. 17-46.

IDEM, "Dom Henri-Bertrand de Beuvron, abbé de Cluny (1672-1682)", *Revue Mabillon* 37 (1947), pp. 69-97.

IDEM, "Emmanuel-Théodose de La Tour d'Auvergne, cardinal de Bouillon, abbé de Cluny (1683-1715), et le conflit de la juridiction abbatiale", *Revue Mabillon* 38 (1948), pp. 7-57.

IDEM, "Henry-Oswald de la Tour d'Auvergne, abbé de Cluny (1715-1747)", *Revue Mabillon* 38 (1948), pp. 61-99.

IDEM, "Frédéric-Jérôme de La Rochefoucauld, abbé de Cluny (1747-1757)", *Revue Mabillon* 39 (1949), pp. 25-35.

IDEM, "L'abbaye et l'Ordre de Cluny à la fin du XVIII^e siècle (1757-1790)", *Revue Mabillon* 39 (1949), pp. 44-58; 40 (1950), pp. 1-28.

IDEM, "La fin de l'Ordre de Cluny (1789-1790)", *Revue Mabillon* 40 (1950), pp. 29-41.

IDEM, "L'abbaye et l'Ordre de Cluny de la fin du XV au début du XVII^e siècle (1485-1630)", *Revue Mabillon* 43 (1953), pp. 85-117; 44 (1954), pp. 6-29 y 105-132.

P. CHOPELIN, *La fin du prieuré clunisien de Charlieu (Loire). Une communauté de l'ancienne observance au XVIII^e siècle*, mémoire de maîtrise, Université Jean-Moulin-Lyon 3, 1999-2000.

P. DENIS, *Richelieu et la réforme des monastères bénédictins*, Paris, 1913.

Y. ESQUIEU, "Le Grand Schisme et la crise de l'ordre de Cluny en Bas-Vivarais", *Fédération Historique du Languedoc Méditerranéen et du Roussillon*, Montpellier, 1972, pp.131-139.

L. FALKENSTEIN, *La Papauté et les abbayes françaises aux XI et XII siècles. Exemption et protection apostolique*, Paris, Champion, 1997.

P. GASNAULT, "La publication du dernier bréviaire de l'ordre de Cluny (1778-1779)", en *Revue Mabillon* 72 (2000), pp. 129-134.

G. GOUDOT, "Le personnel clunisien en France à la veille de la Révolution. Sources, méthode et premiers résultats d'une enquête", *Siècles* 19 (2004), pp. 25-40.

IDEM, "Monachisme clunisien et vie rurale sous l'Ancien Régime. Le cas auvergnat de Menat aux XVII^e et XVIII^e siècles", *Histoire et sociétés rurales* 25 (2006), pp. 9-35.

IDEM, "Pour une histoire de l'*Ecclesia cluniacensis* à l'époque moderne", *Cahiers clunisiens* 1 (2007), pp. 28-31.

D.-O. Hurel, "La représentation de Cluny chez les auteurs des XVII^e et XVIII^e siècles", *Revue Mabillon* 72 (2000), pp. 115-128.

IDEM, "Cluny entre Réforme catholique et Siècle des Lumières" y "Cluny

entre mythe et réalité”, *Dossiers d'archéologie*, 269, déc./jan. 2002, pp. 24-27 y 58-61.

IDEM, *Prières bénédictines*, Paris, Le Seuil, 2010.

D. JULIA, “Les bénédictins et l’enseignement aux XVII et XVIII siècles”, *Sous la Règle de Saint-Benoît*, Genève/Paris, Droz, 1982, pp. 345-400.

J. LECLERCQ, “Cluny pendant le Grand Schisme d’Occident”, *Revue Mabillon* 32 (1942), pp. 119-132.

J.-M. LE GALL, *Les Moines au temps des réformes, France (1480-1560)*, Paris, Champ Vallon, 2001.

B. MAURICE, “Le Credo prophétique de la chapelle de Jean de Bourbon à Cluny”, *Pensée, image et communication en Europe médiévale*, Besançon, Asprodic, 1993, pp. 143-148.

D. MÉHU, *Paix et communautés autour de l’abbaye de Cluny (X-XV)*, Presses Universitaires de Lyon, 2^o ed., 2010.

G. MELVILLE, «Cluny après “Cluny”. Le treizième siècle: un champ de recherches», *Francia* 17 (1990), pp. 91-124.

N. DE PEÑA, *Les moines de l’abbaye de Moissac de 1295 à 1334*, Cahiers Mabillon, Turnhout, Brepols, 2001.

Ph. RACINET, *Les Maisons de l’ordre de Cluny au Moyen Âge. Evolution et permanence d’un ancien ordre bénédictin au Nord de Paris*, Bibliothèque de la revue d’histoire ecclésiastique 76, 1990.

D. RICHE, “Les Clunisiens et la ville: Moissac aux XIII et XIV siècles”, en *Moines et religieux dans la ville (XIIe-XVe siècle)*, Cahiers de Fanjeaux (44), Toulouse, Privat, 2009, pp. 107-126.

IDEM, *L’Ordre de Cluny à la fin du Moyen Âge. Le “vieux” pays clunisien XII-XV siècle*, Saint-Étienne, 2000.

IDEM, “Cluny et la papauté d’Avignon”, *Les Prélats, l’Église et la société, Hommage à Bernard Guillemin*, Université de Bordeaux III, 1994, pp. 185-195.

IDEM, “Un témoin de l’historiographie clunisienne à la fin du Moyen Âge. Le *Chronicon* de François de Rivo”, *Revue Mabillon* 72 (2000), 89-114.

IDEM, “Urbain V et la collation des bénéfices: l’exemple de Cluny”, *Papauté, Monachisme et Théories politiques, Mélanges Marcel Pacaut*, Presses Universitaires de Lyon, 1994, pp. 357-369.